

*La vida religiosa en la encrucijada del tercer milenio**

II. La nueva vida comunitaria

*En la
comunidad
de Jerusalén
el objetivo
no era tanto
ser pobres,
sino más bien
que no hubiera
pobres entre ellos.
Lo que
se resaltaba
era la
solidaridad.*

La comunidad es la cara interior de la Vida Religiosa. Al entrar en una comunidad, enseguida se capta la clase de relaciones que hay entre sus miembros: si son cordiales, de amistad y confianza, de espontaneidad y alegría o si son de respeto y cortesía, de circunspección. Los jóvenes son especialmente sensibles a esto y en muchas casas de formación es donde más se encuentra el ambiente descontraído y acogedor que hace que uno se encuentre “en casa”, sin necesidad de protocolos ni formalismos. También son muchas las comunidades de Religiosos(as) adultos que ya han entrado en el nuevo estilo y han sabido mantener los elementos esenciales al mismo tiempo que se han adaptado a las exigencias de nuestro tiempo.

Hoy es donde más contraste se da entre el estilo de antes del Concilio, centrado en la “observancia regular” y el actual, centrado en las “relaciones personales de amistad en el Señor”. Es donde más se nota el peso de la tradición. Por eso mismo es muy notable la diferencia en el estilo de comunidad de unos y de otros.

1. Los elementos esenciales

Recorriendo la historia de la vida religiosa comunitaria, desde que apareció en el siglo IV hasta nuestros días, se

*Carlos Palmés,
sj.*

* Este artículo del padre Carlos Palmés, debe ser visto en relación con el artículo de igual título publicado en la Revista CLAR 235, pp. 29-40.

advierde que hay unos elementos permanentes que están en el fondo de las diversas formas de comunidad que se han ido sucediendo: el amor a Cristo, la radicalidad y desprendimiento, el amor fraterno

1.1. Cristo como centro y motivación de la convivencia

El precepto del amor y la vida de las primeras comunidades cristianas es lo que inspiró la vida cenobítica. El ideal de los primeros cenobitas se cifra en seguir a Cristo, el único camino que conduce a la vida¹. La Persona de Cristo les fascinó y sintieron la necesidad de llevar una vida lo más semejante posible a la de Él. Querían vivir la obediencia perfecta a los mandamientos de Dios y particularmente al gran mandamiento de amor a Dios y al prójimo...la oración continua, el incesante estudio de la Palabra de Dios. La koinonía se caracteriza por este teocentrismo, el culto de lo absoluto de Dios, la búsqueda de Dios como el "Único Necesario".

Es decir, Dios hace que la comunidad sea un acontecimiento de la fe. Sin ella, la comunidad sería una locura². Claro está que entran también otros elementos humanos, como la afinidad de caracteres o de ideas, las costumbres o culturas que ayudan a hacer más fácil y agradable la convivencia; pero no son la motivación definitiva. Lo que está en lo más profundo es la vocación a la que el Señor nos ha

llamado fundada en la comunión de un mismo ideal evangélico.

Por otra parte, el monje no pretende ser diferente del resto de los cristianos, no es sino un bautizado que quiere vivir su consagración bautismal en plenitud. Ellos desean expresar más intensamente y de forma más continua y perceptible la koinonía. Pero esta comunión nos viene de Dios (Cf. 2 Cor 5, 19). Él es la fuente y la piedra angular de la comunión³.

1.2. Radicalidad y desprendimiento

El segundo aspecto es la radicalidad en el seguimiento de Cristo que incluye el desprendimiento de todo. San Lucas resalta fuertemente la íntima unión entre la adhesión incondicional a la Persona de Cristo y el hecho de "dejarlo todo" (Lc 5, 11-28; 14, 33), al mismo tiempo que se quiere beneficiar a los pobres. Este radicalismo se expresa de modo evidente dejando los propios bienes materiales y poniéndolo todo en común. La koinonía es una especie de "comunismo cristiano", convergente en casi todo con los postulados del ideal ascético⁴.

En la comunidad de Jerusalén el objetivo no era tanto ser pobres, sino más bien que no hubiera pobres entre ellos. Lo que se resaltaba era la solidaridad. Pero al iniciarse la vida cenobítica se remarcó mucho la pobreza como la mejor expresión del radicalismo evangélico.

¹ GARCÍA M. Colombás. *El monacato primitivo*, BAC, p. 187.

² TILLARD, J.M.R., *El proyecto de vida de los Religiosos*. Instituto teológico de Vida Religiosa Madrid, pp. 263-265; 226.

³ TILLARD, Op. cit., pp.261-263.

⁴ COLOMBÁS, Op. cit., p.202.

Pacomio establece normas muy rígidas de pobreza en conexión con la obediencia, pero orientadas a la koinonía. Sin duda estuvo influenciado por la vida eremítica que había llevado antes durante siete años. Por eso se echaba de menos un ambiente más humano y fraternal. Basilio –que también había pasado 14 años como anacoreta– dio un tono más atractivo a sus cenobios, pero siguió siendo rígido en lo tocante a la pobreza. Sólo se podía tener una túnica, un par de sandalias, un cinturón e instrumentos comunes de trabajo; todo ello siempre en vistas a la comunión fraterna.

En los siglos posteriores, el signo más claro de una comunidad fervorosa o decadente era el grado de pobreza que vivía. En la Edad Media las grandes órdenes de Cluny, Císter, las Militares... estuvieron florecientes mientras se mantuvo la pobreza y se relajaron y hasta desaparecieron (Cluny, Templarios) cuando entró en ellas la abundancia de bienes.

Ahora bien, la pobreza austeridad, propia de los individuos y de la comunidad, tuvo desde el principio la dimensión de la solidaridad con los pobres. En Siria y Egipto algunos monjes ayunaban para tener algo que dar a los pobres, otros se ponían a trabajar a jornal y entregaban su salario a los pobres “heridos por el hambre”, o fabricaban cuerdas o mantenían una huerta para ayudar a mendigos y enfermos.

La renuncia a la propiedad privada para ponerlo todo en común se ha conservado como un elemento insustituible en la vida consagrada. Y evita las divisiones y enfrentamientos que se dan en la socie-

dad. Es un modo de proceder evangélico en que nadie queda excluido, en que todos tienen los mismos derechos y las mismas obligaciones, en que no hay ricos ni pobres. Estamos ofreciendo –tal vez sin darnos cuenta– un modelo de sociedad que no da lugar a las injusticias del capitalismo ni a las violencias del comunismo.

1.3. El amor fraterno

El tercer aspecto y el más característico es vivir el precepto del amor: “Ámen-se de verdad unos a otros”. Los Religiosos pretenden expresar la koinonía de un modo más visible y permanente. De la vivencia de la fe y entrega a Dios como único Absoluto y del desprendimiento de todas las cosas y de sí mismo, brota espontáneamente el amor al hermano. La relación con cada uno(a) establece una reciprocidad afectiva. Y esto es una especie de milagro moral que muestra claramente al verdadero discípulo de Jesús. En un mundo de guerras, discordias, odios, división, materialismo, post-modernismo, neoliberalismo... que se apoyan en un egoísmo grosero, es un testimonio espectacular encontrar grupos de hombres y mujeres que, saliendo de sus propios intereses, viven para los demás y hacen exclamar a quienes les conocen “miren, cómo se aman”.

Es un testimonio más difícil que el del desprendimiento de bienes materiales porque toca a lo más profundo de la persona –sus criterios, actitudes, sentimientos...– y supone un amor más limpio y profundo.

La triple dimensión de la comunidad religiosa se ha vivido desde el momento

en que se inició el cenobitismo en el siglo IV hasta nuestros días. pero este tercer aspecto es el que ha sufrido mayores cambios, pues la koinonía queda muy afectada por las circunstancias de tiempo, cultura, lugar, sociedad, costumbres, etc. Estilos de comunidad que en otros tiempos eran expresión del amor fraterno, tal vez hoy ya no lo son. Hoy se requieren “signos” muy claros y auténticos del amor fraterno en un lenguaje inteligible para nuestra sociedad y no basta repetir las formas que en otro tiempo tuvieron vigencia.

Vamos a recorrer los momentos más importantes de la historia de la vida comunitaria señalando en cada situación en qué se ponía el acento.

2. *Distintos estilos de vida comunitaria en diversos tiempos y lugares*

La comunidad cristiana de Jerusalén (Hech 2, 42-47; 4, 32-37)

Aunque no es propiamente la comunidad religiosa, ha sido el lugar de inspiración para todos los grandes fundadores y para muchos religiosos(as). Se describe como el ideal “idealizado” de relaciones fraternas entre los primeros cristianos. Tenía cuatro notas características, indispensables en toda comunidad cristiana.

Koinonía. Es la comunión de corazones y de bienes. La unión fraterna era tan profunda, que llegaban a poner en común los bienes materiales para que nadie sufriera necesidad.

Járisma. Es la experiencia de los diversos carismas o gracias que Dios da a quien quiere, cuando quiere y como quiere, pero que van orientadas a la construcción de la comunidad. La diversidad de carismas da lugar a la riqueza del pluralismo, necesario para la verdadera unidad. En tiempos de decadencia se tiende a buscar la uniformidad y se empobrece la convivencia.

Diakonía, o espíritu de servicio. No pretender ser el centro de la comunidad ni aprovecharse de las propias cualidades para dominar a los demás, sino vivir y trabajar para que los otros crezcan.

Kerigma, o conciencia misionera. Toda comunidad cristiana es expansiva, debe anunciar la Buena Nueva. También las comunidades contemplativas, aunque no por la acción apostólica, propia de los Institutos de vida activa.

La frase más repetida a lo largo de los siglos con una fecunda nostalgia, era la que describía aquella comunidad diciendo que todos tenían “un solo corazón y una sola alma”.

San Pacomio

Fue el principal iniciador de la vida cenobítica, todavía de un modo embrionario. Preocupado por cumplir la voluntad de Dios, se le hizo entender –en una visión o en un sueño– que lo que Dios quería de él es que se pusiera al servicio de sus hermanos. Así lo realizó materialmente con la mejor voluntad. Crea inmensos monasterios, rodeados de murallas, alienta la ascesis individualista, lo centra-

liza todo... El primer intento fue un fracaso. Tuvo que despedir a 360 monjes y quedarse con sólo tres que tenían espíritu de servicio, con los que recomenzó. Al término de su vida, dejó ocho monasterios de varones y dos de mujeres.

San Basilio

Es uno de los grandes genios del cristianismo y él fue el que dio fundamentación y consistencia a la vida comunitaria. Comparándolo con Pacomio, Basilio sale con gran ventaja⁵. “La obra de Pacomio es práctica y concreta, mientras que la de Basilio se funda en una doctrina ascética y monástica coherente, perfectamente desarrollada, reciamente motivada y deducida de un modo lógico de principios claramente establecidos”⁶.

Pero sobre todo, Basilio fue el que dio el verdadero espíritu a la vida comunitaria. Su intuición inicial fue la que orientó a lo largo de los siglos la convivencia fraterna y la que hoy se quiere recuperar. Es vivir el mandamiento del amor “ámense de verdad unos a otros”. Y el medio para esto es una vida comunitaria estable combinada con las obras de caridad y dentro del marco de la Iglesia local. Equilibrio entre oración y trabajo en una convivencia fraterna.

Vale la pena detenernos en este punto porque es el que orienta todo el futuro de la vida comunitaria. Con sus 14 años de

experiencia de eremita, sintió que faltaba a su vida algo esencial, la práctica de la caridad fraterna. Basilio expresa su ideal en una de las más bellas páginas que escribió: “¿Quién no sabe, en efecto, que el hombre es un ser dulce y sociable y no solitario y salvaje? Nada es tan propio de nuestra naturaleza como el entrar unos en sociedad con otros, tener necesidad unos de otros, amar al que es de nuestra raza. Después de darnos estos gérmenes que ha echado en nuestros corazones, el Señor reclama sus frutos y dice. ‘Un mandamiento nuevo les doy, que se amen los unos a los otros’... Todos conocerán que son mis discípulos por el amor que se tienen unos a otros”⁷.

El precepto del amor ha sido el ideal de vida comunitaria que se ha pretendido vivir en todos los tiempos y en todos los lugares. De un modo especial, el monaquismo oriental resaltó de modo admirable el amor fraterno como centro de la vida del monje. El amor recíproco en Cristo sobrepasa tanto la libertad como la autoridad. Es el amor-caridad que significa solidaridad, hermanamiento, “conciliaridad”, oración común, canto común, responsabilidad de uno hacia el otro.⁸

Las diferencias han nacido de las diversas formas que ha ido tomando la vida comunitaria según épocas y regiones. El estilo de vida exigido hoy es muy diferente de lo que ha sido en cualquier otro

⁵ Cf. MENDIETA E. Amand de. *Le système cénobitique basilien comparé au système cénobitique pacômien*. RHR 152, (1957), 31-809

⁶ COLOMBÁS, Op. cit., 192

⁷ S. Basilio. *Regulae fusiis tractatae*, PG, t. XXXI, col. 340 C.

⁸ MALDOVÁN, Teófilo, *Diccionario teológico de la vida consagrada*. Ortodoxia, Publicaciones Claretianas. Madrid, 2ª ed. p.1272

tiempo y esto es lo que dificulta que muchas personas, especialmente de media edad o mayores, dejen sus ideas o costumbres para entrar decididamente en lo nuevo. Todo cambio importante supone tiempo, pero sobre todo, una actitud humilde y flexible para no aferrarse a lo que fue “en nuestro tiempo” como si fuera lo mejor.

San Agustín

El estilo de comunidad creado por San Agustín en Hipona (siglo V) es una “simbiosis” de vida apostólica –propia del sacerdote diocesano– y contemplativa –propia del monje– en que resalta una rigurosa pobreza y austeridad.

El nervio e inspiración de la “Regla de los siervos de Dios” de San Agustín se enfoca desde las primeras palabras: “Estos son los preceptos que les mandamos guardar a los que están viviendo en el monasterio. En primer lugar que vivan en concordia en la casa del Señor y tengan una sola alma y un solo corazón en Dios, que es la razón por la que se han reunido en comunidad”⁹.

Es vida de comunidad completa: de comunión, de estrecha unión de pensamientos, sentimientos y costumbres. Así el monje ya no es un solitario, pues ha llegado a fundirse con la agrupación espiritual a la que pertenece hasta formar con sus hermanos una sola cosa. Este mismo estilo se reprodujo más adelante en los Canónigos Regulares, a partir del siglo VIII y especialmente en los siglos X y XI.

San Benito

El hombre que ha tenido mayor influencia en la marcha de la Vida Religiosa es sin duda San Benito (siglo VI). Su lema era “ora et labora” y puso como centro de la vida monástica la liturgia y el coro o canto de las horas canónicas que llenaban buena parte del día. Los monasterios benedictinos se multiplicaron, se reformaron, surgieron nuevas ramas... pero siempre conservaron el estilo inicial. La unión de corazones se formaba alrededor de la alabanza a Dios y del trabajo.

La vida comunitaria se fue aglutinando alrededor de los actos comunes y fue tomando cada vez más fuerza la “observancia regular”. La relación con Dios, de alabanza, de contemplación, ocupaba toda la atención del monje. Y la vida comunitaria asumía todo lo que podía ayudar a vivir profundamente y con devoción la Liturgia. Así el silencio, la lectio divina, el hábito, la austeridad, en algunos lugares la comunicación espiritual...

Un benedictino anónimo preguntaba “¿Qué elemento le falta en el conjunto de nuestra observancia monástica? en ellos encontramos, en efecto, la escucha de la palabra de Dios, la santa comunión, la oración, la cohabitación y la vida en común... el desprecio de las riquezas y su distribución según las necesidades de cada uno, la aplicación asidua al oficio divino y a la limosna, la mesa común, la alegría espiritual y la sencillez”¹⁰.

⁹ COLOMBÁS, Op. cit., p. 281.

¹⁰ TILLARD, Op. cit., p. 216.

Los Mendicantes

Ellos unirán el deseo de imitar la comunidad apostólica con el de una pobreza itinerante, también “apostólica”. Francisco de Asís tiene como ideal empalmar directamente con el ejemplo de Cristo uniendo la pobreza radical con el “amor fraterno que mutuamente se profesaban los hermanos y fue una de las características dominantes de las primeras comunidades franciscanas¹¹.

Cambio de perspectiva

Se podría seguir con otros ejemplos. Pero este modelo monacal y conventual –que en nuestra mentalidad actual, más que vida comunitaria llamaríamos “vida en común”– y con las variantes propias del tiempo y lugar, ha estado vigente casi quince siglos en la Iglesia. Es verdad que a partir del siglo XVI algunas órdenes, masculinas y femeninas, tuvieron que ir acomodando la comunidad a la misión; pero esto no cambió fundamentalmente el estilo y la concepción de la vida comunitaria en el conjunto de la Iglesia. Es más, la vida fue configurando una “espiritualidad del deber” que concebía la santidad como el cumplimiento exacto de la voluntad de Dios manifestada a través de las normas, leyes, Constituciones, costumbres... Todo ello realizado perfectamente y movidos por el amor.

Cuando fue aceptada oficialmente la vida religiosa apostólica por León XIII en el 1900, se dio una floración extraordinaria

de vocaciones, especialmente femeninas y la vida comunitaria fue tomando espontáneamente nuevas formas y adquiriendo nuevos valores. Nacieron muchas Congregaciones dedicadas a la educación, la salud y las misiones.

La revolución comunitaria

El modelo único de Vida Religiosa durante muchos siglos fue el contemplativo que hemos descrito, pero el Espíritu Santo iba suscitando vocaciones apostólicas que rompían los moldes establecidos. La Iglesia jerárquica consideraba que el modelo contemplativo era el único legítimo y combatió duramente los diversos brotes de intentos apostólicos.

En el siglo XVI se da una gran “revolución” en el enfoque de la Vida Religiosa al poner en el centro de ella no la observancia regular, sino la misión apostólica. Esto traía como consecuencia una nueva concepción de la vida comunitaria.

Los Clérigos Regulares, y muy especialmente Ignacio de Loyola, cambian la perspectiva y el estilo de vida comunitaria al poner como eje de ella la misión evangelizadora. La vida comunitaria va perdiendo algo de su centralidad y se orienta hacia la misión. No se orienta la misión a la comunidad, sino la comunidad a la misión. La comunidad no deja de tener importancia, pero exige una nueva configuración.

Los Institutos seculares insisten aún más en la orientación de todo hacia la mi-

¹¹ HARDICK L., *Historie et observance de la Règle au tours des premiers temps*. Paris 1961, p. 57.

sión. Y algunas Congregaciones se acercan bastante a esta concepción de vida consagrada. Sin embargo hay en todos una cierta nostalgia de “un solo corazón y una alma sola” de los Hechos¹².

Opino modestamente que en estos cuatro siglos y medio en que el apostolado ha ido tomando cada vez mayor fuerza, un buen número de Institutos ha mantenido buena parte del estilo monástico y conventual y no han dado todavía el paso decidido que exige la vida activa de hoy. No siguen claramente ni el estilo antiguo ni el nuevo, sino que hacen una mezcla incolora que no satisface a nadie. “La vida común tiende a convertirse en el sostén del proyecto de santificación personal y de servicio eclesial en lugar de ser la forma misma de la vida religiosa”¹³.

La uniformidad esterilizante

En la primera mitad del siglo XX, antes del Vaticano II, se había llegado a una gran uniformidad de todos los Institutos en el modo de vivir la comunidad, inspirados en el modelo que estuvo en vigencia durante la Edad Media. Se podía visitar cualquier casa de cualquier Instituto y encontrabas las mismas estructuras y las mismas costumbres. Podríamos señalar los aspectos principales:

El núcleo era la observancia regular. La comunidad se aglutinaba alrededor de los actos comunes, institucionalmente establecidos: horarios para los rezos, para el recreo, tiempos de silencio, el hábito, pedir

permiso para todo, las penitencias en el comedor y en privado los cilicios y disciplinas, prohibición de visitas y de salida de casa, separación de clases... Había una estructura comunitaria rígida y minuciosa. Todos hacían las mismas cosas, a la misma hora y de la misma manera. La voz de la campana era la voz de Dios. Preguntamos: ¿Dónde estaban las relaciones personales? Esto no era lo importante.

El número de miembros era ilimitado. Lo mismo podían ser 15 que 20, ó 200. Yo tuve la experiencia de vivir en una comunidad de 300 jesuitas. Lo que preguntaba el Provincial al Superior de la casa, al pasar la visita, es si había observancia regular y esto era señal de que había buen espíritu. La aceptación de un miembro más o el traslado de alguno dependía exclusivamente del Superior, lo mismo que las determinaciones disciplinarias.

La comunidad era autosuficiente en el sentido de abastecerse por sí misma de las cosas básicas. Una especie de pequeña ciudad con granja, panadería, sastrería. No había por qué salir de casa. O eran equipos apostólicos bien organizados para llevar una obra educativa o sanitaria con la mayor eficiencia. Los sujetos corrían el peligro de convertirse en las piezas de una máquina.

La Espiritualidad es tal vez el punto más discutible. Era la Espiritualidad del deber. La perfección se ponía en el cumplimiento de la voluntad de Dios manifestada a través de las Reglas, horarios, pres-

¹² TILLARD, Op. cit., p. 221.

¹³ TILLARD, Op. cit., p. 219.

cripciones del Superior. Tal vez un modo demasiado simplista y mecánico de encontrar la voluntad de Dios. Había el peligro de convertir los medios en fin y el fin en medio. El fin de la Vida Religiosa es vivir la caridad y uno de los medios puede ser sujetarse a un orden para aprovechar mejor el tiempo, para tener un clima de recogimiento, para regular el estudio, el descanso, etc. Pero todo ello tiene un valor salvífico en tanto en cuanto nos conduce a vivir el amor a Dios y al prójimo.

Es verdad que muchos se santificaron por medio de la observancia, como San Juan Berchmans, que tenía como lema “antes reventar que dejar de cumplir una Regla”. Y así otros muchos. Pero, ¡atención!, no se santificaron por cumplir Reglas, sino porque las cumplieron por amor. Y la observancia regular no es el único medio para vivir la caridad. Hay otros más directos, como la entrega al servicio del hermano, ser factor de unión en la convivencia, comprometerse con los pobres y oprimidos, etc.

Claro que este estilo de vida comunitaria tenía también sus ventajas. Sentido de fidelidad en el cumplimiento del deber, formación de voluntades firmes, capacidad de interiorización, etc. Pero era un estilo más propio de la vida contemplativa, enteramente desfasado para la mayoría de los Religiosos(as) de hoy, dedicados a la acción apostólica, que ocupa la mayor parte de su tiempo y de sus energías.

Era necesario un cambio radical

No es preciso ponderar los enormes cambios que se han dado en la sociedad

y en la Iglesia durante el siglo XX: en sociedad, democracia, medios de comunicación, neoliberalismo, postmodernismo, relaciones humanas más libres y cercanas, movimientos populares, derechos humanos, etc. En la Iglesia, “Pueblo de Dios”, se ha vuelto a resaltar el valor de la persona, se han formado toda clase de comunidades, deseo de mayor participación y menos verticalismo, preocupación por lo social, liturgia más abierta, conciencia activa del laico, pérdida alarmante de vocaciones religiosas, disminución de la fe –especialmente en el primer mundo– y del número de vocaciones nuevas, etc.

Todos estos cambios han dejado desconcertados a los Religiosos(as) y han creado una crisis de identidad: ¿qué somos, qué queremos, cuál es el papel de la Vida Religiosa hoy? Estas preguntas estaban en el fondo de la gran crisis que se dio a nivel universal en los diez años posteriores al Concilio y que aún no han recibido una respuesta clara y definitiva.

En lo tocante a la vida comunitaria se había llegado a una fórmula muy estructurada y universal, pero que no respondía a los cambios desconcertantes de la sociedad y de la Iglesia y a la vocación apostólica de la gran mayoría de los Institutos religiosos.

Los Superiores y Superiores Generales (USG y UISG) lo expresan claramente al hacer su aporte oficial al Sínodo de Vida Consagrada (1996):

La USG (II,2) afirma que queda atrás el modelo de comunidad centrada en la observancia regular y en la estructura, para

dar paso a una vida de fraternidad más profunda. Y hace una descripción concisa y estimulante del nuevo estilo de vida comunitaria. “Hemos asistido en la fase postconciliar a una nueva valoración de la comunidad como comunión y de las relaciones interpersonales... Se revisan ahora las estructuras comunitarias en la búsqueda de una mayor sencillez y cercanía al pueblo. Se ha redescubierto la dimensión misionera de la comunidad y se revaloriza también el aspecto humano y cristiano del vivir juntos. Además han ido apareciendo nuevos modelos de comunidad, con un nuevo estilo de animación espiritual y de autoridad y con mayor corresponsabilidad, que favorece una nueva espiritualidad y un nuevo sentido apostólico”.

También la UISG (p.11) afirma que el modelo de ayer ya no se adapta a una vida de misión y de ministerio en el mundo de hoy. Y acentúa la necesidad de estructuras ágiles y orientación hacia el ministerio, nuevas formas de oración, estilo de vida simple y radicalmente evangélico, inserción y autoridad como servicio.

3. *Nuevo estilo de vida comunitaria*

La crisis fue una fuerte sacudida que obligó a todos los Institutos a repensar y plantearse nuevas formas de vivir la vida comunitaria. La solución comenzó a vislumbrarse partiendo de la vida. Se hicieron infinidad de experiencias, a veces acertadas, a veces desviadas o exageradas, buscando caminos nuevos. La gran novedad fue la aparición de las “pequeñas comunidades” que se esparcieron por

todas partes, el desplazamiento de la centralidad de la observancia regular para dar paso a las relaciones personales como nuevo eje de la vida comunitaria.

Después de casi 40 años de rodaje, creo que podemos señalar los elementos esenciales del nuevo estilo de comunidad que ya se vive en muchos Institutos, especialmente en aquellos en que se da una buena formación y que se distinguen por una sólida vida espiritual.

Los nuevos parámetros de la vida comunitaria

Se pretende volver a lo que fue el ideal de la comunidad de Jerusalén y la primera intuición de la comunidad religiosa expresada por San Basilio: “amarse de verdad los unos a los otros”. Pero esto, realizado hoy y aquí y de un modo práctico.

Este estilo de comunidad se apoya en tres columnas fundamentales: las relaciones personales de “amistad en el Señor” (koinonía, járisma, diakonía), en vistas a la misión evangelizadora o servicio apostólico (Kerigma) y con la cercanía al pueblo pobre.

Los dos primeros aspectos son esenciales y no es lícito renunciar a uno por enfatizar el otro. Enfatizar el primero y olvidar el segundo sería convertir la comunidad en un “nido” donde se está muy calentito, pero cerrado a la realidad del mundo. Acentuar lo segundo olvidando lo primero, sería convertir la comunidad en una “plaza” por donde pasa cualquiera sin la indispensable privacidad. O sería caer en el “activismo” y una vida superficial. La tercera característica se realizará en

distinto grado según sea el lugar donde se vive y el contacto real con los pobres.

De las tres características la más decisiva y revolucionaria es la primera. Y esto trae serias consecuencias en la configuración de la comunidad:

El número ya no es indiferente; tendrá que ser limitado para que pueda haber unas relaciones profundas entre los miembros de la comunidad. El ideal será de 4 a 12 ó 13 miembros. Hoy es frecuente encontrar “comunidades” de tres y hasta de dos, obligados por las urgencias apostólicas. No es lo mejor.

Base humana de educación, de madurez afectiva, de tolerancia, de capacidad de comunicación, etc. Siempre ha sido necesaria, pero hoy mucho más porque las relaciones son más cercanas, y el estado de ánimo y el comportamiento de cada uno repercute grandemente en los demás. Personas difíciles que en comunidades grandes podían sobrevivir sin mayores problemas, tal vez hoy no son aptas para una vida de comunidad más exigente.

Dimensión de fe. Decimos que la amistad que se pretende es “en el Señor”. Por supuesto que ayuda a la buena marcha de la comunidad que haya afinidad de temperamentos, coincidencia de mentalidades, etc., pero la motivación por la que se convive es el Señor. El es el que nos ha llamado a la misma vocación religiosa y apostólica y es el que da sentido y consistencia a nuestra amistad.

La Espiritualidad es la del amor, la de llegar a vivir como una “familia de herma-

nos” en la que haya “el mismo sentir, la misma caridad, la misma alma, las mismas aspiraciones” (Fil 12, 1-2). El esfuerzo principal no se pone en cumplir normas, sino en estar atentos y disponibles para hacer felices a los demás, de modo que la nota más llamativa sea ver “cómo se aman”.

En este contexto, las estructuras ¿son necesarias? Por supuesto, lo son en todo grupo humano que tiene un propósito. Pero la novedad está en que no son un fin que hay que conseguir, sino un medio para vivir la caridad. Y por tanto, deben ser flexibles y revisables.

Los medios indispensables

Hasta aquí no hemos dicho mucho más que lo que dicen todas las Constituciones de todos los Institutos respecto de la vida comunitaria. En declaraciones de principios todos tenemos ideas brillantes y evangélicas. Lo que distingue a quienes viven la auténtica vida comunitaria de aquellos que no la viven, son los **medios concretos** que se utilizan para convertir los ideales en realidad.

Supuesto que lo esencial hoy son las relaciones personales, el camino a seguir tiene que ser: conocerse unos a otros, aceptarse mutuamente para llegar a amarse como amigos en el Señor.

Camino a seguir

Conocerse unos a otros, y no sólo en lo externo, como, el carácter, cualidades y defectos, éxito apostólico... sino en profundidad y de un modo personal. Para ello es necesario abrirse, comunicarse.

Creo que es uno de los aspectos que más fallan en muchas comunidades. Se da el caso lamentable de personas que conviven años y años, y son un extraño el uno(a) para el otro(a). Y si no se conocen, se vuelven indiferentes el uno para el otro. Sigue siendo verdad el aforismo que se ha repetido durante toda la Edad Media: no es posible amar lo que no se conoce (*nihil volitum qui praecognitum*). No es posible amar a una persona en profundidad si no se la conoce profundamente. Y añadiría: no es posible conocer en profundidad a una persona buena y no amarla, como no será posible conocer a Dios tal como es y no amarle.

Tengo el privilegio personal de conocer a muchas personas en su vida interior y puedo asegurar –al menos en el ambiente en que me muevo– que las personas son mucho mejores por dentro de lo que aparece en la fachada. En nuestras comunidades la mayoría de los compañeros(as) tienen grandes “tesoros escondidos” en su interior que, de conocerse, harían nacer en los otros gran aprecio y amor. Algunos problemas como la murmuración, la desconfianza, el trato correcto y distante, las conversaciones clandestinas... ¿se darían si hubiera comunicación profunda entre todos los miembros de la comunidad?

Jesús se encontró con un grupo humano difícil por la diversidad de caracteres, de cultura, de estado civil, de ideología... y logró hacer una comunidad (Cf. Jn. 21, 1-3). ¿Cómo lo hizo? Abriéndose. “A ustedes les he llamado amigos

porque les he revelado todo lo que he oído de mi Padre” (Jn15,15) “Ya no les llamo siervos porque el siervo no conoce lo que hace su señor”. Además, ya no les habla en parábolas y ellos se lo agradecen (Jn 16, 25.29), y usa con ellos un lenguaje directo: sí, sí; no, no.

La Congregación de Religiosos (CIVCSVA), puede observar la marcha de la Vida Religiosa en todo el mundo y advierte que uno de los problemas más frecuentes en la vida comunitaria es la falta de comunicación y de conocimiento mutuo: “La comunicación es uno de los factores humanos que adquieren una creciente relevancia para la vida de la comunidad religiosa... Para llegar a ser verdaderamente hermanos y hermanas es necesario conocerse. Para conocerse es muy importante comunicarse cada vez de forma más amplia y profunda”. Dice luego que es muy provechoso compartir los ‘problemas de la comunidad, del Instituto, de la Iglesia, pero añade que eso no es todo, que hay que comunicarse más intensamente. “La falta y pobreza de la comunicación genera habitualmente un debilitamiento de la fraternidad a causa del desconocimiento de la vida del otro que convierte en extraño al hermano y en anónima la relación”. Y la consecuencia es el aislamiento y la soledad, una vida espiritual individualista, la autogestión y la insensibilidad hacia el otro¹⁴.

Por eso en el proyecto comunitario ha de entrar como un tema prioritario la comunicación de las vivencias personales.

¹⁴ La vida fraterna en comunidad, nn. 29-34. CIVCSVA. Roma.

No sólo de “lo que hago”, sino también “cómo me siento” en mi vida apostólica, comunitaria, espiritual, etc.

Aceptarse unos a otros como son, no como “deberían ser”. Suelen ser sobre todo tres campos en los que se da diversidad de mentalidades que exigen de un modo especial el diálogo:

Conservadores y progresistas. Este es un hecho que se da a nivel comunidades, Provincias, Iglesia. Instintivamente se rechaza al del otro bando y al rechazar sus ideas, fácilmente se rechaza a las personas.

Jóvenes y mayores. Se fomenta a veces el abismo entre generaciones y no se aprovechan los valores que cada persona puede aportar en la construcción de la comunidad.

Nativos y extranjeros. Cada uno suele creer que su cultura es la mejor y tal vez la única capaz de encarnar el Carisma del Fundador(a).

Hay todavía otras fuentes de discordia, como la diferencia de caracteres, de origen, de clases sociales, las heridas afectivas, etc. Pero en todas ellas la clave para la solución es amar a la persona porque es mi hermana, mi hermano. Entonces las diferencias se convierten en una riqueza y no en una barrera.

Amarse unos a otros. Hay que llegar a una verdadera amistad, de modo que cada uno(a) pueda decir de verdad de cada uno(a) “es mi amigo(a)”. El amor y la amistad verdadera siempre es de persona a persona, como es el amor con que Dios nos ama a cada uno: amor irrepe-

tible, personal. Y esto supone empatía para captar los estados de ánimo del otro, vibración humana, cariño, cordialidad.

Naturalmente que no es posible tener el mismo grado de amistad con todos. No se puede pedir que ame lo mismo a una persona con la que nos conocemos desde la infancia, que a otra que ha caído en la comunidad como un paracaidista hace tres meses; pero sí hay que amar a todas al menos hasta un cierto grado y desde allí a algunas personas se las amará con especial predilección, pero nunca deberá excluirse a nadie. Esto en una comunidad es señal de madurez.

Ya no me detengo a describir otros aspectos que son consecuencia de lo dicho, como es que hay procurar tener un ambiente de confianza, un trato familiar y sencillo, hospitalidad y apertura hacia los demás, un clima espiritual de oración comunitaria, de eucaristías compartidas, etc., etc.

4. *Comunidades realizadas y convivencias deficientes*

Al término de este recorrido, queda suficientemente descrita la forma de comunidad que queremos vivir. Hay una corriente del Espíritu que lleva hoy a un gran número de Religiosos(as) a realizar el nuevo estilo de vida comunitaria. Naturalmente que sigue habiendo dificultades de caracteres, de culturas diferentes, de mentalidades, edades, etc., pero se puede hablar de que en la comunidad hay un ambiente de confianza, de amistad entre

todos(as), de comunicación fluida, de espíritu de fe... que hacen muy agradable y satisfactoria la convivencia.

Como resultado de una larga tradición en que se ha vivido otro estilo diferente, quedan comunidades en que se hace una mezcla de cosas y no se llega a conseguir claramente lo esencial. Pondré algunos ejemplos que puedan iluminarnos y hacernos ver que no podemos quedarnos satisfechos con términos medios.

Un archipiélago de islas solitarias

Hay todavía muchas comunidades religiosas que conservan la mentalidad subyacente de la "observancia regular", por supuesto "modernizada" y simplificada, descargada de las menudencias de antaño, en un ambiente más humano, pero en el fondo se considera que la comunidad funciona cuando todos los miembros están presentes en ciertos actos comunes, cuando hay puntualidad y orden.

Todos asisten a la Misa a las seis de la mañana, hacen su oración personal, cada uno tiene una vida espiritual sólida y solitaria. Todos realizan un trabajo admirable, bien organizado y eficiente. Se encuentran a ciertas horas del día: en las comidas, en la televisión. Cada uno tiene un cuarto confortable donde se refugia para estar solo y descansar. Pero no hay una comunicación personal entre ellos. Se respetan, hay una convivencia pacífica y en ciertos momentos agradable; pero difícilmente se da entre ellos una amistad profunda y un ambiente de plena confianza. Nadie, ni siquiera el Superior, tiene conocimiento de lo que pasa en el inte-

rior de las personas. Se parece a un archipiélago de islas solitarias. No han entrado los aires del Concilio.

La obsesión del trabajo

Otro estilo de comunidad mucho más frecuente y tranquilizante es una mezcla de estilo monacal y de ciertos rasgos de cercanía humana, resultado del ambiente democrático de la sociedad actual.

Ya a principio de año se organizan todos los actos comunes prescritos en las Constituciones: Laudes y Vísperas y algunos rezos comunes propios del Instituto, la eucaristía unos días en casa y otros en la parroquia. Y, mientras se espera que llegue el sacerdote, un rato de oración personal. Las comidas –al menos la cena–, algunas reuniones comunitarias en que se comenta algún documento de la Congregación o de la Iglesia. Ya más que esto no es posible porque en esa comunidad lo que manda es el trabajo. Cada Hermana(o) está empeñada en una empresa apostólica de envergadura, con el apoyo y supervisión de la Superiora. Unas tienen clases en el Colegio, otras llevan obras pastorales, otras llevan una obra social o están al frente de una oficina del obispado.

En cuanto a las relaciones personales, no se puede negar que hay un amor sustancial a todos los miembros de la comunidad. Si alguna Hermana(o) se enferma o tiene cualquier necesidad, todas las demás se preocupan, y especialmente la Superiora. No hay conflictos serios en la comunidad, fuera de algunas envidias y silencios agresivos. Hay un régimen de libertad y de bienestar que hace que todas

se puedan sentir “en casa”. Hay una convivencia pacífica y de buen vecindario.

Lo que absorbe la atención y energías, aquello en que se juega la persona, está allá afuera. Es claro que el trabajo apostólico ha de ocupar la mayor parte del tiempo; la comunidad ha de estar en función del apostolado y no viceversa. De hecho, la acción apostólica absorbe todo el tiempo y energías y no quedan ánimos para estar a solas en la capilla o para “perder tiempo” en reuniones comunitarias ni en conversaciones personales. Se ha caído en el activismo y en una verdadera desintegración de la vida.

La impresión que producen estas comunidades es la de un “equipo de empresarios apostólicos” o de “profesionales honrados”, o una “pensión de señoritas piadosas”... Tal vez como profesionales o como organizadores son excelentes; pero como Religiosos(as), mediocres. La experiencia de Dios y la vida comunitaria han pasado a un segundo plano. En la comunidad lo que falta es una vida de oración profunda, capaz de transformar la vida y que sea la fuente de todo lo demás, y unas relaciones personales de comunicación sincera y transparente. Algunas Hermanas(os) llevan años conviviendo y no se conocen por dentro en sus vivencias y sentimientos. Se aceptan mutuamente mientras la otra no me cause

ninguna molestia. No hay una plena confianza y espontaneidad, no se forman amistades profundas. Más bien las amistades se buscan allá afuera.

Y en el caso de enviar gente joven a esta clase de comunidades, al cabo de un tiempo experimentan una gran soledad que se convierte en el terreno más abonado par cualquier clase de crisis.

*C*onclusión

En lo referente a la vida comunitaria, son muchos los Institutos –a mi parecer– que han entrado por el camino correcto y están viviendo una vida que reproduce el ideal de aquella primera comunidad de Jerusalén y el sueño y la intuición de los fundadores de los primeros cenobios. Hoy, lo que ellos vivieron, lo hemos de vivir de forma muy diferente, pero de modo que consigamos como ellos que aquellos que nos contemplan puedan decir de verdad: “miren cómo se aman”.

En medio de un mundo en que lo que prevalece es el individualismo, la división, los enfrentamientos y, en el fondo, el egoísmo, resulta un testimonio fascinante encontrar comunidades de Religiosas(os) donde se respira un ambiente de confianza, de alegría y de amistad en el Señor.